

# Ernesto de la Peña:

## Maestro que mana miel

por Otto Cázares

**D**ecir que ese pensamiento no era canto es un decir escaso. El fluir del pensamiento de Ernesto de la Peña era como aquella emanación de signos horizontales de la escritura musical de la que escribió Joseph Brodsky. Fue, el del maestro, un pensamiento melodioso que manó incansablemente leche y miel. Y es que Ernesto de la Peña debió estar poblado por todos los hombres de la humanidad, y la humanidad cuando es armoniosa, canta, como enseñó Ludwig van Beethoven.

Ernesto de la Peña —*Todos los hombres, el hombre*— era poco más que un sabio: era poeta fundamentalmente, y nunca dejaba de serlo. Que otros vengan a enlistar sus méritos, que son bastantes. Como el poeta fundamental que era, De la Peña tomó la cultura y la dignidad del hombre como sus temas. Y aunque hablara en prosa, el resultado eran versos intoxicados de lo primordial.

Murió a los 84 años de edad y su muerte fue una coronación: sobrepasó la edad que Dante —uno de sus más admirados autores— consideraba la edad perfecta. De la Peña vivió y gozó de su vejez y su sabiduría. Pareciera como si la vejez le hubiese dotado de sí mismo; como si la vejez le hubiera arrojado a la sabiduría del sí mismo. Hubo de envejecer para ser más él —como escribiera Thomas Mann—, pero su pensamiento melodioso, aunque tenía la edad del mundo —o quizás, por ello mismo— nunca envejeció.

Como todos los grandes humanistas —Erasmus, Huizinga, Gombrich, Dumézil, Eco, Ceronetti, tantos otros— Ernesto de la Peña fue educador en el más alto sentido de la palabra. Guía y depositario de la dignidad, la belleza y la inteligencia humana. Con su decir plástico, con sus giros y sus formas cultas del habla, ayudaba a hacer el mundo accesible al pensamiento. Porque como los grandes humanistas, Ernesto de la Peña tenía fe en la dignidad del hombre. Con su única y maravillosa fe, De la Peña fue el centauro Quirón de los medios de comunicación.

Según Settembrini, el indeleble personaje de *La montaña mágica* de Thomas Mann, el primer humanista fue Prometeo: dotó a los hombres con el fulgor del fuego espiritual y artístico. Con su obsequio, hizo de la existencia humana algo digno de ser vivido. Ernesto de la Peña entregaba ese mismo fulgor prometeico a cuantos le escuchábamos por la radio. Pero a diferencia del titánico Prometeo, no hubo un dios que encadenara a Ernesto de la Peña, no hubo un Vulcano que le llevara a lo alto de la cima escarpada de una montaña. Oír a este Prometeo durante tantos años fue un absoluto privilegio. Congregaba por radio a los eternos peregrinos, a los eternos sedientos: convocaba a una fiesta conmemorativa, auténtica fiesta del conocimiento que ocurría *in illo tempore*, al hilo del tiempo.

Como tantos y tantos otros sedientos, los sábados yo sólo deseaba oír los comentarios operísticos del maestro De la Peña a través de Opus 94. Cuando las óperas del Metropolitan de Nueva York comenzaron a transmitirse en pantalla grande y en alta definición, debía asistir sólo



Ernesto de la Peña (1927-2012)



Autorretrato. Jacopo Tintoretto. 1588.

por dejar de oír al maestro. Uno tenía que escoger: o permanecer en casa, oír la ópera por radio con los inolvidables comentarios del maestro, o disfrutar la ópera en todo su esplendor y en pantalla grande. Tomar la decisión era difícil.

Yo tuve la maravillosa fortuna de recibir clases del maestro melodioso. Sucedió en 2003 en la *Casa Refugio*, lugar que tiene por cometido recibir a escritores perseguidos. Su presencia era abrumadora. Yo deseaba apuntarlo todo: cazar al aire, apenas salían de su boca, sus palabras granadas. Para disfrutar del maestro hube de dejar de escribirlo todo. Escucharle. En verdad escucharle. En un momento me descubrí dibujándole un retrato en el margen de mi cuaderno. Al finalizar la clase, me acerqué al maestro y le mostré mi dibujo. Sonrió benevolente y dijo para bromearme: “Con que no estaba usted oyéndome, debo concluir”. Debí haberme ruborizado. Entonces le pregunté: “Maestro, ¿ha notado el extraordinario parecido que guarda Usted con el pintor del renacimiento Jacopo Tintoretto?”. Abrió grandes los ojos azules, abrió grandes e inquisitivos los ojos estelares.

Tiempo después, realicé un retrato serio a partir del dibujo que tracé al margen de mi cuaderno. Se lo fui a entregar a las puertas de la estación Opus 94. No, no conservé ningún registro fotográfico del retrato que pinté del maestro. Publico aquí —como un guiño que quizás vuelva a hacer abrir grandes esos ojos de estrella— el autorretrato de Tintoretto que me sirvió de pretexto para rendirle homenaje a Ernesto de la Peña.

Al maestro que mana miel lo oiremos siempre. Quedan sus palabras melodiosas. Y a pesar de que una vez lo retraté con óleos, retrato ahora a Ernesto de la Peña con palabras porque al maestro yo lo llevo impreso —como miles de radioescuchas agradecidos— en el *garbha griha*, el templo oscuro, el santuario más recóndito, el más íntimo: en el corazón del templo... ●

# Ernesto de la Peña

(1927–2012)

**E**l pasado 10 de septiembre, el erudito mexicano Ernesto de la Peña falleció como consecuencia de una afección cardiorrespiratoria. Falleció en su casa, alrededor de las 6:00 de la mañana. Desapareció así un ejemplo de sabiduría y conocimiento de tintes casi renacentistas.

Y es que De la Peña era escritor de novela, poesía y ensayo; filólogo, políglota, traductor, académico, lingüista y, ante todo, difusor de la cultura clásica. De la Peña llegó a ofrecer diversas conferencias líricas para Pro Ópera A. C. Era un aficionado y estudioso de la ópera que tuvo a su cargo numerosos espacios para transmitirla y comentarla: en el IMER y en TV UNAM, por ejemplo; medios en los que en los últimos años presentaba radiofónicamente la ópera sabatina desde el Metropolitan Opera de Nueva York o realizaba el programa televisivo *Operomanía* al lado del poeta Eduardo Lizalde, en una producción del operópata mayor Manuel Yrizar Rojas.

Yrizar recordó a su compañero de labores como “un hombre bueno, amante del saber, personaje entrañable y generoso, simpático, bromista, poseedor de una agilidad mental extraordinaria, erudito sin pose, bonachón, platicador, maravilloso”. Y lamentó, a la vez agradecido: “Ernesto de la Peña trascendió hoy a la inmortalidad. Seres como él no mueren nunca pues nos dejan la herencia de su obra y de su ser. Gracias a la vida por haberlo puesto en nuestro camino. Un honor trabajar con él”.

Por su obra, Ernesto de la Peña fue galardonado en 1988 con el Premio Xavier Villaurrutia; en 2003 con el Premio Nacional de las Ciencias y Artes en Literatura y Lingüística; en 2007 con la Medalla de Oro de Bellas Artes; en 2008 con el Premio Alfonso Reyes; en 2009 con el Premio Nacional de Comunicación José Pagés Llergo; en 2012 con la Medalla Mozart y, por último, el Premio Internacional Menéndez Pelayo y la Medalla de Honor de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo por sus méritos académicos.

Su última aparición pública fue el 7 de septiembre, justamente para recibir esos reconocimientos en el Colegio de México (su salud deteriorada cada vez más en los últimos meses le impedía viajar), en



Ernesto de la Peña, aficionado, estudioso y difusor de la ópera

una ceremonia-entrega virtual desde el Palacio de la Magdalena en Santander.

De la Peña, según detalla un boletín del INBA en la que su titular Teresa Vicencio expresó sus condolencias, “estudió letras clásicas en la Universidad Nacional Autónoma de México y lingüística indoeuropea, griego, latín, hebreo, sánscrito, y otras lenguas de manera autodidacta, hasta llegar a conocer 33 lenguas. Fue catedrático de religiones orientales, literatura griega y *Biblia* en el Instituto Helénico y de técnica de la traducción y de lengua alemana en el Instituto de Intérpretes y Traductores; comentarista y conductor de programas de televisión y radio (“Testimonio y celebración”, “Tres minutos con Ernesto de la Peña” y “Los tiempos de la música”). Miembro de Número de la Academia Mexicana de la Lengua desde 1993. Tradujo algunos textos de Anaxágoras, Hipócrates, Rilke, Nerval, Mallarmé, Valéry, Ginsberg y T. S. Eliot. Colaborador de la *Enciclopedia Dantesca* editada en Italia, *El Sol de México*, *Excelsior*, *Milenio*, *Siempre!* y *Vuelta*. Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Artes (SNCA) desde 1994”.

En su cuenta de Twitter, Consuelo Sáizar, titular del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, dio así la lamentable noticia: “Ha muerto Ernesto de la Peña. Las letras mexicanas, la patria de la ñ, están de luto: pierden a uno de sus mayores estudiosos”. Descanse en paz. ●

por José Noé Mercado